

CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACIÓN HISTORIA-MEMORIA EN PAUL RICOEUR

Esteban Lythgoe
Universidad de Buenos Aires

1. *La irrupción de la memoria como objeto de estudio*

RE La publicación de los tres volúmenes de *Tiempo y relato* entre 1983 y 1985 constituyó un hito para la filosofía en general y la filosofía de la historia en particular, aunque su influencia también alcanzó a los propios historiadores¹. Más allá de la problemática ontológica acerca del tiempo, en especial su concepto de tiempo histórico como articulador entre el tiempo del alma y el del mundo, esta obra ofreció una propuesta alternativa a la discusión irreductible entre posturas explicativas duras, que reivindican el ideal científico de la verdad en historia, y las de corte narrativista, que desdibujan la distinción entre literatura de ficción y narración histórica. La teoría de la triple *mimesis* mantiene el ideal científico del historiador y su afán por encontrar la verdad, conciliándolo a su vez con su carácter fundamentalmente narrativo. Tras su publicación, las inquietudes temporales y narrativas de Ricoeur se volcaron hacia la problemática de la identidad y de la ética y condujeron a *Si mismo como otro*. Luego de veinte años, la proliferación de trabajos sobre distintas memorias colectivas ha llevado a que el filósofo francés retorne a los análisis de la historia con su obra *La memoria, la historia, el olvido*. El concepto de memoria colectiva se plantea por primera vez por Maurice Halbwachs, un sociólogo durkheimiano, a finales de la década del veinte, pero solo en las últimas décadas eclosiona. Este fenómeno se caracteriza por ser no solo un objeto de estudio científico, sino que sus reivindicaciones y manifestaciones ya se ha constituido en parte de la problemática social contemporánea. Desde el punto de vista epistemológico, P. Nora observa que

¹ Cf. Chartier (2002), p. 4: “Les historiens savent la dette qu’ils ont envers Paul Ricoeur. [...] Comme d’autres, ils ne font pas toujours ce qu’ils croient faire et ne savent pas toujours ce qu’ils font. Le livre de Ricoeur les a aidés à être plus lucides sur leur propre pratique et à comprendre comment l’intention de vérité qui fonde leur discipline ne pouvait être séparée des parentés qui lient son écriture à celles des récits de fiction”.

cuando la memoria se asociaba a los individuos había una delimitación clara entre memoria e historia: los individuos tenían su memoria, las colectividades su historia. La colectivización de la memoria ha invalidado este criterio. “ ‘Memoria’ ha tomado un sentido tan general e invasivo que tiende a reemplazar pura y simplemente [...] el término ‘historia’, y a poner la práctica de la historia al servicio de la memoria”. (Nora 2002, p. 29). Como sucede con la aparición de todo objeto de estudio nuevo, hay discusiones epistemológicas en torno a su definición, alcance, pertinencia y criterios de demarcación. Del lado social, la memoria nos ofrece una oportunidad para reflexionar sobre las cuestiones éticas y políticas en torno a la relación entre las ciencias sociales y la sociedad. Es por ello que parte del objetivo de *La memoria, la historia, el olvido* consiste en dar cuenta desde la hermenéutica a algunas de estas problemáticas.

En lo que sigue incursionaremos en los análisis ricoeurianos en torno al fenómeno de la memoria, y más específicamente acerca de la cuestión epistemológica sobre la relación memoria-historia. Frente a una discusión irreductible acerca de cuál de los dos fenómenos debe prevalecer, el filósofo propone una alternativa conciliadora en que los dos cumplen un rol con respecto a la relación con el pasado. Dicha propuesta surge tras una extensa fenomenología de la memoria. Nuestra intención es, en primer lugar, bosquejar la disputa recién mencionada, describir las posiciones enfrentadas y adelantar la conclusión a la que llega Ricoeur en torno los criterios de demarcación entre memoria e historia. Hecho esto, nos retrotraeremos a la fenomenología de la memoria que conduce a dicha conclusión y señalaremos las limitaciones de la misma y de qué manera influyen en la conclusión a la que se arriba. Nuestra hipótesis es que el criterio de demarcación propuesto por este filósofo no surge de una fenomenología de la memoria, sino que, por el contrario, pareciera que ésta ha sido influenciada por una posición previa acerca de la relación entre estos dos fenómenos.

2. *La demarcación entre memoria e historia*

P. Nora observa que la memoria siempre ha enfatizado su carácter emancipador y liberador, y ha reclamado para ella la fidelidad. “Lo que es nuevo, y que viene de la insondable desgracia del siglo, del alargamiento de la duración de la vida, del recurso posible a los testimonios de sobrevivientes, de la oficialización también de grupos y de comunidades, ligadas a su identidad, su memoria, su historia (los tres términos son equivalentes), es la pretensión de la memoria colectiva a una verdad más ‘verdadera’ que la verdad de la historia, la verdad de lo vivido y de lo recordado –recuerdo del dolor, de la opresión, de la humillación, del olvido–, cualquiera sea, en síntesis, la parte de reconstrucción y de reconducción artificial de esta memoria” (Nora 2002, p. 30). Ha sido justamente con la fuerza de esta pretensión de verdad que se ha enfrentado a la historia y ha reclamado colocarse por encima de ésta y de la justicia. En los últimos años, esta confrontación ha planteado una divisoria de agua entre quienes se inclinan a favor de la historia y los que defienden la memoria, especialmente los

referidos a eventos traumáticos². En contraposición a la relativización de la memoria realizada por la historiografía de preguerra, últimamente se la ha venido revalorizando en detrimento de la capacidad crítica y explicativa de la historiografía. Varios intelectuales, como Felman, Laub y Ankersmit, proponen que la memoria reemplace en su labor indagatoria a la historia y que lleve a cabo el proyecto tolstoniano de recoger las memorias de todos los que estuvieron envueltos en el evento en estudio. Estos autores rechazan la posibilidad de una descripción historiográfica sobre eventos tan traumáticos como los que sucedieron en los campos de concentración, porque se lo racionalizaría y perdería su carácter afectivo y único. Según explican, “la dimensión de la experiencia es lo que generalmente se pierde en la representación, y podemos concluir que es la experiencia o el reexperimentar el Holocausto lo que nos confronta con el límite de la representación” (Ankersmit 2001, p. 162). En su opinión, el único tipo de narración que puede acercarse a los horrores de los campos de concentración sin perder esta dimensión son los testimonios de sus sobrevivientes. Con todo, el carácter maniqueo, simplificador y distorsivo de la memoria ha inclinado a historiadores como P. Nora y K. Pomian a favor de la historia. Nora acepta que la confusión entre memoria e historia es una parte de la dinámica social, de la cual no podemos escapar. Pero la única manera de no volverse esclavo de ella es convertirse en crítico de la historia misma, llevando a cabo lo que él denomina ‘historia en segundo grado’³. Pomian también sostiene que la solución también proviene del lado de la historia, pero en este caso de la historización de estos términos⁴.

Ricoeur propone una conciliación de corte fenomenológico a esta confrontación. Ya no se trata de una respuesta afectiva, una evolución histórica de conceptos o de la dinámica social, sino que la misma se basará en las cosas mismas. Dicho con otras palabras, es *a partir de la constitución ontológica de la memoria que se establece el nexo con la historia*. “Cualquiera sea la medida de inversión de la memoria individual por la memoria colectiva, en el sentido de Halbwachs, la competencia entre las memoria no tendría lugar si cada una no fuera capaz de esta apropiación. El problema de la relación entre memoria e historia comienza con esta apropiación,

² P. Joutard observa que “Los coloquios organizados con ocasión del cincuentenario de los acontecimientos [la Resistencia en la Segunda Guerra Mundial] han hecho aparecer repetidas veces los malentendidos entre testimonios e historiadores. Los primeros acusan a los segundos de no comprender en absoluto una realidad que no han conocido y de robarles su historia, mientras que los segundos no logran convencer a los primeros de la necesidad de su visión distanciada y contradictoria que, lejos de disminuir el mérito de los resistentes y el valor de su combate, permite pasar de la ‘memoria a la historia’ ” (1995, p. 67).

³ Cf. Nora (2002), p. 30: “Savoir sous quel régime d’historicité on travaille, en comprendre le mécanisme, en analyser les contraintes est la première des façons de n’en être pas l’esclave. Faire, comme je crois que l’historien du contemporain y est obligé, une ‘histoire au second degré’, c’est contribuer à ce que la critique historique se transforme en histoire devenue tout entière critique d’elle-même”.

⁴ Cf. Pomian (2002), p. 40: “Je ne crois pas que le conflit, quand conflit il y a, ‘reste indécidable’. Mais je crois, en effet, que le problème des rapports entre la mémoire et l’histoire ne saurait être résolu que par l’historicisation de l’une et de l’autre”.

cuando las colectividades, que se designan como un ‘nosotros’, sujeto colectivo de atribución del fenómeno mnemotécnico, ven la fidelidad presumida de su rememoración confrontada con la veracidad también presumida, pero sobre una base crítica del discurso histórico” (Ricoeur 2002, p. 57). El objetivo de su propuesta demarcatoria es que no exista una subordinación entre la memoria y la historia, sino una dialéctica entre las dos, “...bajo el signo de la nueva hipótesis directriz, a saber, que el conjunto memoria e historia contribuyan a la representación del pasado” (Ricoeur 2002, p. 42). Frente a los defensores de la memoria, Ricoeur prefiere distinguir una narrativa de primer orden propia de los testigos y una de segundo orden que es propia de los historiadores⁵. Esta última sería de carácter crítico y estaría en condiciones de desenmascarar a los falsos testimonios. La historia cumpliría a nivel social un rol análogo al del psicólogo a nivel individual, permite superar las patologías que se presenten a través del trabajo de rememoración y de duelo. A los ojos del filósofo francés este rol es tan importante que se lamenta “...hoy en día que le falte a mi libro un capítulo que se habría consagrado al estatus de la memoria instruida por la historia” (Ricoeur 2002, p. 44). La labor crítica del historiador propuesta por Bloch es completada por el ‘concepto de paradigma indiciario’ de Ginzburg, el cual permite complementar, controlar y corroborar los testimonios orales y escritos. Asimismo, el momento de la explicación / comprensión permite que el historiador reivindique la pretensión de veracidad al discurso⁶. Paradójicamente, los modelos de inteligibilidad que fundamentan su pretensión de veracidad y la convierten en una institutriz de la memoria hacen que la historia carezca de la inmediatez de la memoria. Como contraparte, la estructura ontológica de la memoria impide que ella tenga una ambición de verdad: “...el vínculo cognitivo así establecido con el pasado no comporta una pretensión a la verdad, sino a la fidelidad del recuerdo, que no es un *truth claim* de rango crítico sino una certeza inmediata” (Ricoeur 2002, p. 56). Pero, la pretensión de fidelidad de la memoria la vuelve guardiana del pasado: “La historia puede ampliar, completar, corregir, ver refutar el testimonio de la memoria sobre el pasado, ella no sabe abolirla. ¿Por qué? Porque nos ha parecido, la memoria es la guardiana de la última dialéctica constitutiva de la paseidad del pasado, a saber la relación entre lo ‘no más’ que marca el carácter abolido, pasado y el ‘habiendo sido’ que designa el carácter originario y en este sentido indestructible” (Ricoeur 2000, p. 648). En síntesis, la historia debería partir de los testimonios de la memoria y su objetivo, en tanto remedio, debería ser el de ‘instruir, iluminar’ a la memoria y desenmascarar los falsos testimonios. De esta manera, la memoria instruida y la historia que se sabe capaz de reanimar la memoria

⁵ Cf. Jay (1992), p. 104: “For although not absolutely everything that historians fashion into their own stories is already emplotted by the actors, enough is to make it more than unformed raw material available as mere fodder for the historian’s imagination”.

⁶ Cf. Ricoeur (2000), p. 363: “...la seule manière responsable de faire prévaloir l’attestation de réalité sur la suspicion de non pertinence est de remettre à sa place la phase scripturaire par rapport aux phases préalables de l’explication compréhensive et de la preuve documentaire. Autrement dit, c’est ensemble que scripturalité, explication compréhensive et preuve documentaire sont susceptibles d’accréditer la prétention à la vérité du discours historique”.

declinante se recubrirían para ‘reactualizar’ o ‘reefectuar’ el pasado (Ricoeur 2000, p. 179). Lo que analizaremos seguidamente es el modo en que se lleva a cabo la fenomenología que conduce a esta propuesta de conciliación entre historia y memoria.

3. *La fenomenología de la memoria*

Esta investigación comienza destacando la fuerte asociación que existe entre memoria e identidad personal dentro del ámbito de la filosofía. Si bien existe un vínculo lingüístico entre memoria y persona a través del pronombre reflexivo sí, a nivel filosófico dicha asociación se produce a partir de Locke y culmina con una casi total identificación en Husserl. Esta asociación impide incorporar dentro de ámbito un fenómeno en el que se disocia la memoria de la persona, como es el caso de la memoria colectiva, tal como ha venido siendo desarrollada por la sociología. De ahí que, para lograr que esta fenomenología pueda incluirla, deba primeramente establecer un puente entre la fenomenología y la sociología. Por tal motivo, se intenta introducir una cuña entre los recuerdos y el que recuerda, que consiste en llevar a cabo un rodeo que comience con *qué* se recuerda y concluya en *quién* recuerda. Apoyándose en la distinción de Bergson entre recuerdos-imagen, es decir, aquella memoria que registra los eventos y detalles de nuestra vida, y la memoria pura, que consiste en la adquisición más impersonal de recuerdos a través de procesos nemotécnicos⁷, Ricoeur distingue dentro de la memoria un componente cognitivo y otro pragmático. El primero de ellos se encuentra vinculado con las cuestiones semánticas de la referencia y de la verdad, y como tal, responde a la pregunta *qué* se recuerda. El segundo, por su parte, se asocia con la habilidad de recordar o hacer memoria, y da cuenta de *cómo* se recuerda. A diferencia de Bergson, no nos encontramos aquí frente a dos tipos de memorias, sino con dos componentes diferentes que confluyen en la operación del recuerdo: “...el reconocimiento, que corona la investigación exitosa, designa el aspecto cognitivo del recuerdo, mientras que el esfuerzo y el trabajo se inscriben en el campo práctico” (Ricoeur 2000, p. 67). Esta distinción influye en el resto del análisis, porque conduce a estudiar a cada uno de estos componentes por separado. Dicho paso resulta de lo más sorprendente si lo comparamos con una de las tesis centrales de *Tiempo y relato*, que consistía en enfatizar la existencia de una convergencia en la *puesta en intriga* entre el *qué* y el *cómo*, entre lo epistémico y lo pragmático. Allí la narración no es considerada como un mero recurso didáctico extrínseco a la investigación histórica, sino que es intrínseca a la comprensión histórica y al fenómeno de la representacia.

En el análisis del aspecto epistemológico se destaca el estrecho vínculo de la memoria con la imaginación y las dificultades que supone a la cuestión de la

⁷ Cf. Bergson (1921), p. 50. Respecto de la relación entre Bergson y Ricoeur, cf. Ricoeur (2000), p. 62: “La distinction que Bergson établit entre ‘souvenir pur’ et souvenir-image constitue la radicalisation de la thèse des deux mémoires par laquelle nous avons inauguré l’esquisse phénoménologique qui précède”.

referencia. “Una fenomenología de la memoria no puede ignorar lo que se acaba de denominar la trampa de lo imaginario, en la medida en que esta puesta en imágenes, que bordea con la función alucinatoria de la imaginación, constituye una suerte de debilidad, de descrédito, de pérdida de fiabilidad para la memoria” (Ricoeur 2000, p. 66). En este sentido, la escala con que concluye el capítulo resulta especialmente representativa de esta posición. Inspirándose en la distinción de Bergson entre una memoria pura y los recuerdos imagen, coloca en uno de sus extremos al ideal de la memoria pura y en el otro a la alucinación. Para evitar esta posible ‘trampa’ de la imaginación, Husserl se dedicó extensamente a establecer criterios que la distingan de la memoria. En dichos estudios se resaltó la complejidad de la relación entre ambos fenómenos, la cual, dependiendo del tipo de acercamiento que se haga, va desde una similitud en tanto ambas son no presentaciones, pasando por un compartir ciertos aspectos intuitivos frente al ámbito vacío de la simple significación y concluyendo en una oposición completa en la falta del ‘como si’ presente del pasado reproducido. Los criterios de demarcación que propuso fueron variando a lo largo del tiempo. Así, mientras que en las lecciones de 1905 se utilizó un criterio de tipo temporal, en *Husserliana X* se puso el acento a las diferencias entre los miembros de la familia de las presentaciones y a las modificaciones que afectan las presentaciones del correlato ‘objetual’. En sus primeros trabajos se señala que el recuerdo es una imagen en el sentido de que comporta una dimensión posicional que la acerca a la percepción. En tanto pasado, la cosa recordada será una pura fantasía, pero en tanto dada de nuevo será como una modificación sui generis aplicada a la percepción. Se tendría así la secuencia percepción, recuerdo, ficción. En *Ideas I*, por su parte, se refuerza el criterio de posicionalidad. El recuerdo pertenece al ‘mundo de la experiencia’ frente al mundo de la fantasía, de la irrealidad. El primero es un mundo común, el segundo totalmente ‘libre’, y su horizonte perfectamente ‘indeterminado’.

Más allá de esta evolución en el pensamiento de Husserl, Ricoeur no encuentra satisfactorio ninguno de estos criterios pues, en su opinión, no logran explicar el modo en que la imagen de la memoria permanece ligado al pasado: “¿cómo explicar que el recuerdo viene bajo la forma de una imagen y que la imaginación así movilizad viene a tomar formas que escapan a la función de lo irreal?” (Ricoeur 2000, p. 61). Con todo, considera que el origen del problema no está en la fenomenología, sino que es preciso remontarse a los orígenes de los planteos en torno a la memoria y específicamente a una de sus metáforas fundacionales que es del bloque de cera. En ella se asocia a la memoria con un pedazo de cera marcado por un anillo y el error y el olvido se deberían al borrado de estas marcas. Con esta imagen Platón superpone el concepto de *eikos* con el de *tupos*. El primero, asociado a la representación de algo ausente, está ligado con lo otro de la afección original; el segundo, en cambio, se vincula a la impresión original y la causalidad de la afección. En su opinión, “esta conjunción entre estimulación (externa) y similitud (interna) permanecerá, para nosotros como la cruz de toda la problemática de la memoria”⁸. De modo que, en opinión

⁸ Ricoeur (2000), p. 21. El reproche a esta conjunción se observa en el análisis de Platón (p. 8); en el de Aristóteles (p. 24) y el de Bergson (p. 61).

de Ricoeur, la mejor manera de evitar el problema de la confusión entre memoria e imaginación consiste en distinguir la perseverancia de la afección de su causalidad y poner a esta última provisoriamente entre paréntesis⁹. Una vez más, esta actitud restrictiva hacia el aspecto imaginativo se contraopone a la de *Tiempo y relato*, donde la imaginación es una parte constitutiva de la problemática histórica de la referencia. En efecto, cuando se introduce la *mimesis II*, se señala que éste es el ámbito del *como si* y que se hubiera podido denominar también el ámbito de la *ficción*, si es que esto no diera lugar a confusiones¹⁰. De hecho, aquella obra estaba articulada de manera tal que primeramente se introducía el concepto de *mimesis* y luego se planteaban las diferencias entre el relato de ficción y el histórico.

En el siguiente paso Ricoeur se desplaza a la dimensión práctica de la memoria. Con todo, resulta complejo calificar a este capítulo simplemente de fenomenológico, si se tiene en cuenta que en él se incorporan dimensiones tan heterogéneas como los traumas de la memoria, la manipulación de la memoria y el deber de memoria, con la posibilidad de que haya contaminación entre las mismas. En realidad, el carácter sumario y acotado de esta fenomenología conduce a considerarla una propedéutica a los abusos de la memoria artificial y natural, antes que como el aspecto central del capítulo. El acercamiento a esta temática se funda en la distinción tradicional entre *memorización* y *rememoración*. Esta última es caracterizada como el retorno a la conciencia de un evento que se reconoce como habiendo tomado lugar en algún momento. La misma puede tomar la forma de la evocación y el reconocimiento. La memorización, en cambio, hace referencia a las maneras de aprehender distintos saberes. En este punto, se produce un quiebre con respecto al análisis fenomenológico que se venía realizando. En efecto, según nos explica, a fin de facilitar la tarea de memorización se han ido desarrollando distintas técnicas de adquisición, y es justamente en este nivel en donde se produce del abuso de la memoria, “pues es en esta ambición de dominio que reside la posibilidad de deslizarse del uso al abuso” (Ricoeur 2000, p. 70). Por ello comienza recogiendo toda una gradación de técnicas de memorización que van más allá de la simple repetición señalada por Bergson. En el nivel más bajo se encuentra lo que se denomina en psicología experimental aprendizaje, que consiste en la adquisición por parte de un ser vivo de comportamientos nuevos no innatos. En este nivel, el dominio de la adquisición pertenece al experimentador que

⁹ Cf. Ricoeur (2000), p. 32: “Este enigma [la presencia de lo anteriormente percibido] debe ser provisoriamente disociado de la cuestión planteada por la perseverancia de la afección primera, perseverancia ilustrada por la famosa metáfora de la marca del sello y consecuentemente de la cuestión de saber si la fidelidad del recuerdo consiste en una semejanza del *eikon* de la impresión primera”.

¹⁰ Cf. Ricoeur (1983), p. 125. Otra diferencia interesante es que en *Tiempo y relato* se mantiene el vínculo entre lo teórico y lo práctico, en la medida en que no se pueden desligar uno de otro (Ricoeur (1983), p. 82: “Si le terme logique n’est pas prononcé, c’est bien parce qu’il s’agit d’une intelligibilité appropriée au champ de la *praxis* et non de la *teoría*, voisine donc de la *phronèsis*, qui est l’intelligence de l’action”). Como observamos más arriba, esto no sucede en *La memoria, la historia, el olvido*.

conduce la manipulación, y fija la tarea que define los criterios de éxito. Esta técnica se opone al *ars memoriae*, el cual es el fruto de una disciplina, una ascesis en la cual el aprendiz es él mismo el maestro. Frances Yates fue quien elevó a la memorización al rango de un *ars memoriae*, aunque sus orígenes se pueden rastrear en los retóricos latinos y griegos, en donde se asociaba las imágenes a lugares organizados en sistemas rigurosos. Esta técnica propone vincular las ideas con imágenes, lo que nos reconduce a la imagen platónica del sello, con la única diferencia que no es el cuerpo o el alma el soporte de la huella, sino la imaginación. “La mnemotécnica que se aplica es a la gloria de la imaginación, de la cual la memoria deviene un anexo” (Ricoeur 2000, p. 75). En el desarrollo de este arte, Ricoeur señala tres etapas importantes: la primera es la reinscripción agustiniana de la retórica latina en una interpretación platónica de la memoria vinculada con lo fundamental en lugar de lo eventual. El segundo giro se produce en la escolástica medieval donde se le otorga un lugar central a este arte y se lo moraliza. A través de la memorización son inculcados todos los saberes que conducen a la beatitud. Finalmente se produce especialmente en G. Bruno la confluencia de la mnemotécnica con el *secreto hermético*. El arte en cuestión deviene mágico y oculto. A la memoria se le confía un poder divino del dominio de un arte combinatorio entre el orden astral y el terrenal. En estas prácticas hay una suerte de desmesura en la que se transgreden los límites entre memoria y olvido, y en la que la imaginación tiene un papel protagónico. En ella, “la imaginación, liberada del servicio del pasado, toma el lugar de la memoria” (Ricoeur 2000, p. 80). Es justamente este fantasma de la imaginación el que acecha a Ricoeur en toda esta obra, y al que le busca poner coto.

Dentro del abuso de la memoria Ricoeur también reconoce distintos aspectos que deben analizarse. El primero de ellos son las patologías de la memoria, luego sigue la memoria *manipulada*, y concluye con la memoria *obligada*. El análisis de la memoria *enferma* se centra en las alteraciones individuales y colectivas, debidas a la práctica de la memoria. El filósofo francés señala que está utilizando el término abuso en un sentido amplio, porque, de lo contrario, este fenómeno no podría ser abarcado. Sin embargo, el mismo reviste de especial interés porque plantea la posibilidad de utilizar categorías clínicas en fenómenos colectivos y, por consiguiente, aplicar soluciones terapéuticas en los mismos. El autor nos remite fundamentalmente a los textos de Freud “Rememoración, repetición, perlaboración” de 1914 y “Duelo y melancolía” de 1915 y sendos planteos acerca de la compulsión a la repetición y de la manera de superarlo por medio del trabajo de la rememoración y el tiempo del duelo. La legitimidad de la trasposición de estas patologías al plano de la memoria colectiva y la historia se apoya en la aplicación de dichos planteos al ámbito social e histórico, tanto por parte de Freud y de ciertos intérpretes cercanos a la hermenéutica, por una parte, y en la constitución bipolar de la identidad personal y la identidad comunitaria. por otra. Los abusos de la memoria se presentan por primera vez a nivel de la memoria *instrumentalizada* donde se produce el cruce entre la problemática de la memoria y la identidad. Como lo explica el filósofo francés, “el núcleo del problema, es la movilización de la memoria al servicio de la búsqueda, de la petición, de la reivindicación de la identidad” (Ricoeur 2000, p. 98). Entre los problemas identitarios que se buscan solucionar por medio de la *manipulada* se encuentran la relación con el otro y

el concebirlo como un enemigo y la violencia fundadora. Se describen los efectos que tiene la ideología en tres niveles operatorios diferentes. Los mismos son definidos de acuerdo con los efectos que se ejerce sobre la comprensión del mundo de la acción. En el nivel más profundo nos encontramos con la acción simbólicamente mediada, pero todavía no se puede hablar ni de manipulación ni de abuso de memoria. En el segundo nivel ya sí aparece la manipulación y hace referencia a la justificación de un sistema de orden o de poder. Lo que se busca es cubrir el abismo de credibilidad que atraviesan todos los sistemas de autoridad. El tercer nivel alude al efecto de distorsión descrito por Marx en la *Ideología Alemana*, en donde la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de una historia oficial autorizada, enseñada e institucionalizada.

La temática del abuso de la memoria concluye con la pregunta acerca del pretendido deber de memoria, cuestión que nos proyecta más allá de una epistemología de la historia o de una fenomenología de la historia hacia un ámbito fundamentalmente ético-político. Tanto trabajo de memoria como el de duelo carecen del doble aspecto del deber, es decir, como aquello que se impone por fuera al deseo, y como ejerciendo una coacción experimentada subjetivamente como obligación. Es justamente este imperativo de justicia el punto de convergencia entre la perspectiva veritativa y la pragmática. En este nivel, el abuso de la memoria se produce en el manejo de la justicia. El tono conminatorio de las memorias pasionales invita a sabotear las perspectivas más vastas y críticas de la historia. Habría dos interpretaciones posibles sobre este deslizamiento del uso al abuso. La primera se basa en el concepto de ‘memoria impedida’ de H. Rousso, y vale para períodos relativamente breves. En estos casos se trata de una dirección de conciencia que se proclama portavoz de la demanda de justicia de las víctimas. Esta captación de la palabra muda hace virar el uso al abuso. La otra explicación menos centrada en la cercanía temporal la proporciona P. Nora, bajo el título “la era de las conmemoraciones”, cuando reprocha el modo en que fueron engullidos sus lugares de la memoria, dentro de esta bulimia conmemorativa. Su diagnóstico es que el modelo memorial, imprevisible y caprichoso, de memorias particulares, fragmentadas, locales y culturales, ha reemplazado al modelo de celebraciones históricas vinculadas con las celebraciones impersonales del estado nacional. De este modo, la conmemoración se emancipa de su asignación tradicional. Ricoeur se hace eco entonces de la denuncia de Todorov al frenesí conmemorativo, y reprochando el pacto entre memorización, rememoración y conmemoración: “Historia enseñada, historia aprehendida, pero también historia celebrada. A la memoria forzada se le agregan las conmemoraciones convenidas. Un pacto dudoso se establece así entre la rememoración, memorización y conmemoración” (Ricoeur 2000, p. 104).

Ricoeur sostiene que los abusos de la memoria se producen en la memorización, y sus planteos acerca de la ideología parecen darle la razón. Sin embargo, una observación más detenida de su propio desarrollo, nos obliga a relativizar esta posición. En efecto, a nivel de la memoria traumatizada, la repetición se opone al trabajo de *rememoración*. Con respecto al deber de la memoria, las dos explicaciones sobre el deslizamiento del uso al abuso también se realizan a nivel de la rememoración:

para Rousso con el portavoz que capta la palabra muda de las víctimas y para Nora con la ‘bulimia conmemorativa’. Incluso a nivel de la memoria manipulada, parte de la ideologización se cuele a nivel de la *rememoración*. “La ideologización de la memoria es posible por los recursos de variación que ofrece el trabajo de configuración narrativa. [...] Es más precisamente la función selectiva del relato el que ofrece a la manipulación la ocasión y los medios de una estrategia astuta que consiste de entrada en una estrategia del olvido tanto como de rememoración” (Ricoeur 2000, p. 103). Ricoeur debería haber profundizado algo más este punto, pues las consecuencias del mismo son centrales para establecer en qué medida puede la memoria tener pretensión de verdad. Si los abusos no se produjeran a nivel de la memorización, sino de la rememoración, cabría la posibilidad de proponer procesos para deslindar aquellos elementos que remitan a sucesos pasados de la ‘manipulación ideológica’.

Analizados el componente veritativo y pragmático de la memoria, el siguiente paso consiste en responder a la pregunta sobre quién recuerda, en la cual se busca mediar entre la tradición filosófica o de la mirada interna, y la sociológica o de la mirada externa. Los tres aspectos destacados por la primera de las tradiciones son la intransferibilidad de los recuerdos, la continuidad temporal de la persona a través del nexo entre la conciencia y el pasado, y el sentido de la orientación que le proporciona al pasaje del tiempo. Agustín fue su iniciador al plantear la cuestión de la interioridad sobre el fondo de la experiencia cristiana de la coerción, pero es J. Locke quien plantea la secuencia *identidad, conciencia, y sí*. Mientras que las *Meditaciones* de Descartes son una victoria de la certeza sobre la duda, el tratado de Locke es una victoria de la unidad sobre la diversidad, sobre la diferencia. El *cogito* surge en el instante, el *sí*, en cambio, *es una persona definida por su memoria y su capacidad de rendirse cuentas a sí*. Se señala a Husserl como el pináculo de esta tradición, pues con él la interiorización de la experiencia se lleva a un punto tal que vuelve imposible el surgimiento de un concepto como el de memoria colectiva. Su *Fenomenología de la conciencia íntima del tiempo* rompe el modelo intencional tradicional para describir la relación de la conciencia con el tiempo. Se quita el intervalo que pudiera establecer el concepto de ‘conciencia de’, y la conciencia íntima del tiempo se cierra desde el inicio sobre ella misma. Allí se invierte el orden de fundamentación tradicional, pues se sostiene que para tener algo que dure, se precisa de un flujo que se constituya a sí mismo. El par *cogito/cogitatum* tradicional deviene así en la tríada *ego cogito cogitatum*, la cual impide la constitución simultánea de la memoria individual y de la colectiva. Como contrapunto de esta tradición, Halbwachs vincula la memoria directamente a una entidad colectiva a través del concepto de ‘cuadros sociales de la memoria’. Su posición se funda en un argumento negativo y uno positivo. El primero gira en torno a la idea de que cuando no se forma más parte de un grupo de donde provenía un recuerdo, nuestra memoria de él se va debilitando. El positivo, en cambio, se basa en la idea de que “sólo recordamos en la medida en que nos ubicamos en la perspectiva de uno o varios grupos y de ubicarnos en una o varias corrientes de pensamiento” (Halbwachs 1968, p. 15).

Una de las constantes en el pensamiento de P. Ricoeur ha sido la de mediar entre posiciones antagónicas, sean éstas el psicoanálisis en tanto arqueología de la

conciencia contra la fenomenología hegeliana como teleología del sentido, el estructuralismo versus la hermenéutica o los explicacionistas versus los comprensivistas. En cada uno de estas mediaciones ha mostrado la incompletitud de cada una de estas teorías, estableciendo que su complemento se encuentra en la teoría en conflicto y ha propuesto un fenómeno o una estructura que permita articularlas entre sí. Esto es justamente lo que parece suceder entre la tradición de la visión interna y externa. En efecto, “ni la sociología de la memoria colectiva ni la fenomenología de la memoria individual logran derivar de la posición fuerte que tienen respectivamente la legitimidad aparente de la tesis adversa: cohesión de los estados de conciencia del mí individual, de un lado, capacidad, del otro, de las entidades colectivas a conservar y recordar los recuerdos comunes. Es más, las tentativas de derivación no son simétricas; es por ello que no hay aparentemente zonas de sobreposición entre una derivación fenomenológica de la memoria colectiva y una derivación sociológica de la memoria individual” (Ricoeur 2000, p. 152). Este filósofo busca esta sobreposición en una región lingüística en la que los dos discursos puedan ser colocados en posición de intersección, y la logra ampliando el concepto de ‘atribución’ para aplicarlo a las operaciones psíquicas. Dicha ampliación es posible a partir de los planteos de Strawson acerca de la posibilidad de atribuir predicados asociados con la primera persona del singular a una tercera persona. Según la tesis desarrollada en *Los individuos*, estos predicados deben cumplir las siguientes condiciones: 1, la atribución debe poder ser suspendida u operada; 2, los predicados deben guardar el mismo sentido en dos situaciones de atribución diferentes; 3, esta atribución múltiple debe mantener la disimetría entre adscripción a sí mismo y adscripción al otro. La primer parte de *La memoria, la historia el olvido* es una muestra del cumplimiento de la primer condición, pues en ella se desimplica al qué y al cómo de la memoria de quién recuerda. Con respecto a la segunda condición, más allá del estrecho vínculo entre el recuerdo y quien recuerda, la suspensión de la atribución permite adscribir la memoria a otro, sin por ello modificar su sentido. A pesar de ello, la condición de la disimetría también se cumple, pues, pese a poder trasladarse la atribución de un recuerdo, uno es incapaz de plenificar o confirmar dicha atribución. Con el nexa así planteado, “el problema de las dos memorias no queda abolido. Queda encuadrado” (Ricoeur 2000, p. 157). De este modo, *si al comienzo de la obra el paréntesis puesto a la ambición de veracidad de la memoria podría ser calificado de epistémico y provisorio, con el argumento de la atribución múltiple queda claro que es una limitación ontológica, y por lo tanto, imposible de superar.*

Coincido con R. Chartier que el argumento de la atribución múltiple alcanza el objetivo de mediar entre la fenomenología y la sociología, pero mi pregunta es, ¿a qué precio? Una articulación positiva entre dos ámbitos del saber, como las que habitualmente realiza Ricoeur, debería utilizar la fuerza de una teoría para sostener la debilidad de la otra. Si se buscara enriquecer ambas teorías, se debería haber reforzado los aportes realizados por la fenomenología en el vínculo de la memoria con la identidad y la oposición entre su componente intuitivo versus la simple ficción, con el fenómeno de la memoria colectiva, propuesto por Halbwachs, y desarrollado por las ciencias sociales en general. Otra alternativa habría sido la de fortalecer la teoría

de este último buscando alguna alternativa a su uso de la teoría sensualista de la intuición que dificulta el giro lingüístico y pragmático de la filosofía de la historia recurriendo a algún planteo de la fenomenología. Sin embargo, el argumento de la atribución múltiple opera del modo opuesto, ya que parte de la legitimidad de una tradición contra una de la fuerza de la otra, debilitándola. En efecto, el criterio de distinción entre ficción y recuerdo, aportado por la fenomenología, se vuelve inaplicable debido a la asimetría de la atribución, que impide confirmar los recuerdos de un tercero.

4. Observaciones a la propuesta ricoeuriana

No hay duda de que el debate entre memoria e historia ha dado lugar a líneas de pensamiento irreductibles. Por un lado, tenemos ciertos memorialistas, sociólogos e incluso historiadores que pretenden subsumir la historia a la memoria. Por el otro, posiciones que se inclinan por la primacía de la historia con relación al vínculo con el pasado. *La memoria, la historia, el olvido* no solo establece un marco para el intercambio de estas dos vertientes, sino que también propone una alternativa viable dentro de este debate: no se trata de subsumir a la memoria a la historia, y desechar a la memoria a favor de la historia. En el vínculo con el pasado es tan necesario el nexo directo de la memoria como la ambición de verdad de la historia. A pesar de los méritos de esta propuestas, nos ha llamado la atención ciertas peculiaridades del modo en que se describe el fenómeno de la memoria y que conducen a esta conclusión. En primer lugar, resulta fuerte el contraste que se da en torno a la imaginación en *Tiempo y relato* y *La memoria, la historia, el olvido*: mientras en la primer obra ésta era constitutiva de la representancia, en la segunda, la contaminación de la imaginación lleva a que Ricoeur ponga entre paréntesis la ambición de veracidad en la memoria. La presencia de *mimesis* la descripción epistemológica y pragmática de la memoria denota una cierta debilidad en esta distinción. Probablemente se debería rearticular, incluyendo en una primera parte tanto el *qué* recordamos como el *cómo* recordamos. La segunda, por su parte, se dedicaría a los usos que se hacen de ella y las causas y consecuencias de sus abusos. La imposibilidad de que la memoria tenga ambición de verdad choca también con los resultados empíricos realizados por memorialistas, los cuales establecen que en las situaciones en que los recuerdos individuales se enfrentan a la memoria colectiva, los primeros son los que prevalecen. Como lo explica T. Lummis “mi experiencia en materia de entrevistas me lleva a sospechar que las memorias *individuales* son mucho menos maleables que lo que ciertos defensores de la perspectiva de la ideología dominante querrían hacernos creer” (Lummis 1991, p. 92). Frente a dicha afirmación se podría reivindicar la distinción entre el ámbito del *a priori* frente a los resultados *a posteriori*, pero es el propio Ricoeur quien rompe esta barrera como argumento a favor de legitimar la trasposición de las patologías estudiadas por Freud a la memoria colectiva la constitución bipolar de la identidad personal y la identidad comunitaria. Según explica hay una justificación *a posteriori* en esta estructura bipolar, como se observa en las conductas del duelo donde se cruza la expresión privada y la pública (Ricoeur 2000, p. 95). Respecto del nivel pragmático, también destacamos el hecho de que solo se estudiaran los procesos de memorización y no otras maneras de fijar vivencias, que podrían, por ende, escapar a la alteración

ideológica. Ni siquiera argumento a favor de considerar que toda fijación de vivencias es una memorización. Finalmente relativizamos el avance que significó el argumento de la atribución múltiple como puente entre la filosofía y la sociología. De hecho, habría que preguntarse hasta dónde el argumento de la atribución múltiple responde a la pregunta sobre quién recuerda y no establece, más bien, límites ontológicos a las ambiciones epistemológicas de la memoria. Esta sospecha adquiere cierto cuerpo, si tenemos presente que en el análisis de la memoria traumatizada ya se da por sentada la posibilidad de que la memoria pertenezca a una entidad colectiva. De lo contrario, no tendría sentido proponer diversos argumentos a favor del traspaso de las categorías freudianas del individuo a lo colectivo.

Toda fenomenología es una descripción de los fenómenos, por lo que no debe subordinarse a ningún principio ético, epistemológico o incluso político, salvo el de ir ¡a las cosas mismas! Una fenomenología de la memoria no puede ser la excepción: lo que es no puede confundirse o basarse en el deber ser. “Este punto de vista normativo debe ser cuidadosamente distinguido del punto de vista precedente con el cual se lo confunde fácilmente” (Ricoeur 2000, p. 83). En la medida en que, por una parte, se observan algunas debilidades argumentativas, pero, por la otra, las conclusiones a las que arriba son bastante limitantes respecto a la capacidad referencial de la memoria y a los criterios demarcatorios con respecto a la historia, pareciera que en este caso también el deber ser influyó en el ser.

Referencias bibliográficas

- Ankersmit, Frank R. (2001), *Historical Representation*. Stanford: Stanford University Press.
- Bergson, Henri (1921), *Matière et mémoire*. Paris : Félix Alcan.
- Chartier, Roger (2002), “Le passé au présent”, *Le débat*. 122: 4–11.
- Halbwachs, Maurice (1968), *Mémoire collective*. Paris: PUF.
- Jay, Michael (1992), “Of Plots, Witnesses, and judgments”, en S. Friedlander, ed., *Probing the Limits of Representation – Nazism and the “Final Solution”*. Cambridge: Harvard University Press, pp. 97–107.
- Joutard, Philippe (1995), “El testimonio oral y la investigación histórica francesa: ¿progreso o declive?”, *Historia y Fuente Oral*, 2 14: 65 – 79
- Lummis, Trevor (1991), “La memoria”, en D. Schwarzstein, comp., *La historia oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 83–101.
- Nora, Pierre (2002), “Pour une histoire au second degré”, *Le débat*. 122 : 24–31.
- Pomian, Krzysztof (2002), “Sur les rapports de la mémoire et de l’histoire”, *Le débat*. 122: 32–40.
- Ricoeur, Paul (1983), *Temps et récit I. L'intrigue et le récit historique*. Paris: Seuil.
- Ricoeur, Paul (2000), *La mémoire, l'histoire, l'oublié*. Paris: Seuil.
- Ricoeur, Paul (2002), “Mémoire: approches historiennes, approche philosophique”, *Le débat*, 122: 41–61.

Resumen / Abstract

En su obra *La memoria, la historia, el olvido*, Ricoeur ha buscado terciar en el debate entre quienes pretenden subsumir la historia a la memoria y aquellos que se inclinan por la primacía de la historia, señalando que ambas instancias son imprescindibles. Dicha conclusión surge de su análisis fenomenológico en el que se destaca el nexo directo de la memoria con el pasado, pero pone en duda su valor referencial. Sin embargo, las debilidades argumentativas de este análisis parecen indicar que la conclusión a la que se arriba surge de haberse subordinado a principios ajenos a los estrictamente fenomenológicos.

In his book Memory, History, Forgetting Ricoeur tries to give an alternative answer in the discussion between those who give more importance to history than to memory, and those who have the contrary position. He considers that both memory and history are necessary in our relation to the past. This conclusion is due to a phenomenological analysis that shows the direct relation of the memory with the past, but limits its referential value. However, this analysis has many argumental weaknesses that makes us presume that it was subordinated to principles that were not strictly phenomenological.